

Bruce Bégout, doctor en Filosofía



VICTORIA AMELA IMA SÁNCHEZ LUIS AMIGUET

Tengo 46 años. Catedrático de Filosofía y profesor en la Universidad de Burdeos. Políticamente pesimista. Observo una regresión de las luchas sociales y un aumento de la resignación. Me educaron los católicos y por lo tanto soy ateo. Yo creo en un único valor: la ejemplaridad

“Vivimos bajo un totalitarismo suave del que somos cómplices”



ANA JIMÉNEZ

He descubierto que la vida cotidiana no es ni monótona ni repetitiva.

¿Ah, no?

Dese cuenta de que todo es posible en cualquier momento y lugar. Incluso en situaciones muy triviales todo podría de repente derivar, explotar, cambiar...

¿La banalidad está en el discurso que nos hacemos sobre la cotidianidad?

Sí, y hay que liberar lo cotidiano de la banalidad, y para ello hay que observar, porque incluso los lugares más ordinarios para nosotros, ir de casa al trabajo, están llenos de detalles y posibles encuentros.

Eso es casi romántico...

Son las personas triviales las que se quejan de la banalidad de sus vidas. Si conseguimos poner entre paréntesis el interés práctico del uso, entonces la realidad aparece muy distinta, es lo que les suele ocurrir a las personas que han superado una enfermedad.

Describe usted a los humanos a través de los lugares que crea.

Sí, porque nos disfrazamos a través de lo que decimos y nos revelamos mediante los objetos que creamos.

¿Hoy nos define el parque temático?

...Y la autosatisfacción. Según los sondeos, en Francia la gente es feliz. A mí eso me entristece. Hoy el ser humano es pasivo, resignado y autosatisfecho. Preferiría un ser humano más inquieto, pesimista, combativo, con la voluntad de ser distinto a lo que es.

Igual no es necesario.

Mire a su alrededor; hoy hay un fortísimo control de las masas que no se ejerce a través de la policía ni de la propaganda del Estado, sino a través del consumo y del ocio.

Eso no es nuevo.

Lo que es nuevo es que el tiempo del ocio que pensamos dedicamos al desarrollo de uno mismo es más bien el tiempo de las obligaciones y de la alienación frente a estos dispositivos mundiales de organización del divertimento, como podemos ver en Las Vegas, en el puerto de Barcelona, en Dubái, Shanghai... en todas partes.

Idénticos en su oferta de ocio.

Es una especie de totalitarismo suave del que somos cómplices. Sabemos que la NSA controla todos nuestros e-mails y que nos observan constantemente, pero no nos inquietan, incluso nos da cierta tranquilidad.

Más complicidad que inconsciencia.

Ocio que nos define

Tanto en sus ensayos como en sus ficciones, Bégout analiza las patologías de la modernidad y lo hace sin enredarse en complejos soliloquios, simplemente observa y cuenta, eso explica qué hacía un filósofo en Las Vegas o recorriendo moteles. Hijo de un obrero, es preciso en los retratos de los lugares que creamos y no tiene piedad. *Le Park* (Siberia) es una metáfora brutal de nuestra época. Un parque de lujo que aglutina y mezcla parques temáticos: una reserva animal y un parque de atracciones, un campo de concentración y una tecnópolis, una feria y un campamento de refugiados, una residencia de ancianos, una cárcel... Ha dado una conferencia en el CCCB.

Se trata de un control cada vez más profundo. De momento vivimos en sociedades blandas, pero imaginemos que tuviéramos que rebelarnos, ese control lo impediría.

También controlan nuestros gustos. Amazon se plantea enviarnos productos antes de que queramos comprarlos. Conocen tan bien nuestros gustos a través de nuestras compras on line que calculan que pese a las posibles devoluciones será rentable.

Ya no se puede vivir fuera del sistema. Hay quien cree que la creatividad personal es una manera de eludir ese control, y la manera creativa y bohemia de vivir se ha trasladado a los negocios de moda como Silicon Valley, donde se divierten trabajando, ¿pero qué hay detrás de eso?

Guerra por el coltán.

Hace un mes, en Camboya, los empleados de una fábrica de componentes electrónicos para estas empresas *cool* hicieron huelga contra sus salarios de miseria, y el Estado envió al ejército. No somos conscientes de los destrozos de esta sociedad de consumo.

Nos hemos acostumbrado a ellos.

En los años setenta en la tele francesa había dos cadenas y cada semana emitían películas de autor subtituladas, que todos veían (campesinos, obreros...). Hoy dicen que es un cine demasiado exigente aunque nadie se quejaba. Hubo una degradación objetiva de la cultura de masas que produce cosas cada vez más insignificantes, ridículas y grotescas.

Los que diseñan este gran parque temático occidental ¿son conscientes?

Lo que crean es reflejo de lo que son: esos grandes centros comerciales, esas nuevas ciudades de divertimento y de consumo expresan la verdad de su época.

Usted lleva al extremo ese mundo en su novela *Le Park*.

Le Park propone un ocio a base de atrocidades. Pero yo no transformo la realidad, no es una alegoría, es el reflejo de tendencias reales de nuestra época. Que los soldados americanos se filmen unos a otros realizando torturas en Abu Graib y las cuelguen en la red como un divertimento es la realidad.

Cierto.

Yo sólo observo y cito. Lo terrible no es que Auschwitz atraiga a millón y medio de turistas cada año, sino la coexistencia del museo con sus cámaras de gas y los vendedores de postales y patatas fritas, ese es el nuevo horror contemporáneo, esa mezcla de elementos horribles y elementos felices: tomarte una hamburguesa junto a la cámara de gas.

Una banalidad muy perversa, sí.

También se ha creado un ocio de la violencia y su excitación, como los submarinistas en sus jaulas lanzando carnaza a tiburones; tienes el placer de un ataque de tiburón, se trata de una violencia confortable porque nadie se pone en peligro. Otra ambigüedad de nuestra época.